

COMBATIENDO EL CAMALEÓN POPULISTA

Examen de algunos libros recientes
que proponen lucha sin cuartel
al monstruo populista

FIGHTING THE POPULIST CHAMELEON

Examination of some recent
books offering non-barracks struggle
against the populist monster

JUAN FERNANDO SEGOVIA
CONICET (Argentina)

RESUMEN. El populismo está de moda. Todos nos vestimos y desvestimos del populismo. Este trabajo muestra siete lecturas diferentes del populismo como se presentan en otros tantos libros. La impresión general es que no se sabe bien qué sea este monstruo de mil cabezas.

PALABRAS CLAVE. Populismo. Pueblo. Democracia.

ABSTRACT. Populism is fashionable. We all dress with and undress from populism. This work shows seven different readings of populism as presented in so many other books. The general impression is that it is not well known what it is this monster of a thousand heads.

KEY WORDS. Populism. People. Democracy.

1. El recurrente populismo

Quien haya leído los últimos números de *Verbo* y de *Fuego y Raya*, notará que en no pocas ocasiones hemos comentado libros en torno al populismo, generalmente en tono crítico, no porque nos jactemos de ser populistas y rechacemos los miasmas que se le imputan, sino por la pobre, patética, simplona y vulgar manera de enfrentarlo. Son los tufos que fluyen de sus enemigos los que nos causan una repugnancia mayor, sobre todo esa cándida argucia de defender lo democráticamente correcto; defensa de la miope vista que es impotente para observar la viga en el ojo propio.

Muchas de las censuras arrojadas al populismo poseen veracidad y trasuntan la importancia del problema en la política contemporánea, pero a fuer de atacarlo sin saber bien quién o qué es, se lo hace un espantajo que no puede más que asustar los niños, ya que nadie en uso de sus cabales sale corriendo frente a una sombra, salvo, claro está, que sea un pelele. Y la culpa cabe también del lado de los populistas, pues hay veces en las que, haciendo gala de una esquizofrenia «anti-todo», se atribuyen los combates más insólitos, hacen la apología de las materias más exóticas, adoptan ideas y criterios que llegan a repugnar el sentido común, no digo ya la moralidad, que los mismos populistas coinciden con sus adversarios en hacer de ella no más que un temperamento, una actitud acorde con las propias creencias.

No se trata de una autojustificación. Simplemente respondemos a la marea de textos, de discursos y de consignas que día a día, con toda ramplonería, se escupen contra el populismo. Ahora se trata de reseñar y comentar, de la mejor manera posible, otra resaca compuesta por unos cuantos libros que se han (in) dignado considerar tales asuntos. A decir verdad, es tanto lo que



se ha escrito sobre el populismo en los últimos tres años y medio, que esta reseña es escueta. Pero no queda otra alternativa que optar por algunos textos, dejando para mañana lo que no se puede hacer. Lo haremos, entonces, con algún material y por orden cronológico.

2. Entre la ceguera y la ignorancia

De los que tengo en mi escritorio u ordenador, este de Lassalle es el primero y el más modesto¹, no por ello el menos colérico. Consiste en un libelo, un panfleto difamatorio, escrito con la soltura que suelen tener los autores de estas especies, frente al sombrío estremecimiento que se cierne sobre las democracias de Occidente. Y tal como corresponde al género, está anegado de sandeces que cualquiera con dos dedos de frente nota apenas recorre las páginas.

Comienza imitando el *Manifiesto Comunista* en sus primeras palabras, acomodándolas a nuestros años. Advierte el peligro, señala su substancia totalitaria, pero a renglón seguido dice que la bestia pretende una democracia alternativa. ¡Vaya! ¿Se habrá dado cuenta Lassalle de lo que acaba de afirmar, que una hay democracia totalitaria o un totalitarismo democrático? El orden de los factores no altera el producto: sea sujeto, sea adjetivo, está admitiendo involuntariamente una crítica que el tradicionalismo y otros sectores críticos de la modernidad democrática han dicho desde siempre de manera consciente. Pero ha de ser un desliz instintivo, porque a lo que apunta el autor es a descubrir cómo hace política el populismo en tanto que totalitarismo democrático. «El objetivo final del populismo –escribe nuestro bardo– es conquistar y preservar el poder al precio institucional que sea. Para lograrlo propone una fórmula posmoderna de sociedad cerrada que se sustenta en el resentimiento y el miedo, y que parte de una reconfiguración corrompida del concepto de pueblo».

1. José María LASSALLE, *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo postmoderno*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017 (e-book).

El pasaje merece ser revisado desde la historia. Señor Lassalle, sigue Usted abotonando su casaca con su camisa. Porque hacer lo que se quiere al precio que sea es la vieja receta de Maquiavelo. Porque ganar el poder y conservarlo sin miramiento alguno es la herencia maquiaveliana hasta el día de hoy. Porque el resentimiento y el miedo son hijos de la política de Hobbes y de Rousseau. Y porque las sociedades cerradas, tienen estos mismos padres, como que nacieron de la *ménage a trois* de un Maquiavelo, un Hobbes y un Rousseau (por no mencionar otros padres no tan reconocidos, como Martín Lutero o Baruch de Spinoza). Inclusive afirmar que con el populismo Carl Schmitt vuelve al ruedo, como afirma a continuación el autor, es de una enorme ignorancia, pues el primero en teorizar la política como relación amigo-enemigo fue el florentino Maquiavelo y después de él todos los que lo siguieron hasta el día hoy, sin excluirlo a Usted, Sr. Lassalle. Porque se ha inventado el enemigo populista, como los democráticos hacen de los antidemocráticos, los liberales de los antiliberales y los laicistas de los fundamentalistas.

Continúa el autor trazando el cuadro emocional que ha permitido el advenimiento del populismo, hincándose ante la tumba del finado que en vida fuera la «Ilustración», y de sus extintos vástagos: el contrato político y los derechos de las personas. En su lugar, aparece un pueblo bárbaro, un corrupto sujeto político que es el pueblo dominado por las pasiones y no por la razón. Desde el 11-S vivimos en estado de excepción, dice, olvidándose que desde 1776, cuando menos, la democracia liberal nos obliga a vivir en situación de necesidad, entre la diástole de una revolución o guerra y la sístole de una nueva guerra revolucionaria. La bendita Ilustración, a la que reza el autor, está también estragada por pasiones incontroladas, por violaciones de derechos y por incumplidos contratos sociales.

Claro que ahora, de este desmadre populista, tienen también la culpa los neoconservadores yanquis que tras la caída de las torres gemelas han regado por el planeta un sentimentalismo que agita todo tipo de ardores. Desde entonces, vivimos un seísmo (como gusta repetir el autor) incesante que nos lleva de una convulsión a otra, y que se ha volcado sobre un proletariado sentimental que se vale del voto a sus antojos, sin racionalidad

alguna. Lo que ocurre es que los caprichos del pueblo no coinciden con los de la gente bien, poderosa y millonaria, que son siempre racionales. ¿O no? ¿Quién no recuerda que cosas similares se decían en 1688, 1776, 1789, 1830 y en cada hecho significativo en el que intervenían los buenos de los liberales?

Me basta con lo dicho, y creo que también al lector. Pocas veces se podrán leer tantos lugares comunes del discurso políticamente correcto como en este recopilatorio de sandeces contra el populismo que es librejo de don José María Lassalle, ex funcionario del Partido Popular español, profesor universitario en la Universidad Pontificia de Comillas y articulista de periódicos «bienpensantes». Su libro no tiene ambición alguna, ni científica ni académica. No es otra cosa que el desahogo de un liberal que ve perdido su paraíso.

3. La paradójica politología

Fernando Vallespín Oña y Máriam Martínez Bascuñán², españoles y politólogos ambos, conocido el primero por una respetable *Historia de la teoría política* en seis tomos (entre otros textos), y la segunda como directora de opinión del diario madrileño *El País*, han unido fuerzas en un proyecto más ambicioso, pero igual de engañoso que muchos otros escritos académicos. Por lo pronto, repiten el lenguaje aprendido de Marx y Engels, ese del fantasma que se abate sobre las democracias, al igual que Lassalle.

¿Qué es este espectro? Es el de otra democracia, una democracia que se califica en la academia como regresiva, una democracia de los que no tienen futuro, una democracia que pretende el regreso de una política acodada en las identidades culturales, una soberanía cultural que se levanta contra la decadencia (o como prefieren Vallespín y Bascuñán, el «declinismo», neologismo de mal gusto, si los hay), esto es, una visión de las historias nacionales que se perciben caen en picada. De ahí la reacción populista, aunque no se pueda saber a ciencia cierta qué es eso del populismo.

2. Fernando VALLESPÍN y Máriam. M. BASCUÑÁN, *Populismos*, Madrid, Alianza, 2017 (e-book).

Los autores, ante el desconcierto conceptual que anega las doctrinas sobre el populismo, no pueden sino rematar en el «síndrome de la Cenicienta» del que hablara en los sesenta del siglo pasado Isaiah Berlin, y que he recordado hace unos años en una Reunión de Amigos de la Ciudad Católica: hay muchos pies amoldables a un zapato único. El populismo es un maniqueísmo político, rematan luego Vallespín y Bascañán, que confronta pueblo a elites; es antipluralista, es antiliberal; explota los afectos, se nutre de las pasiones movilizadoras; reduce la dialéctica política a unas cuantas simplificaciones, como dice Rosanvallon y veremos más adelante.

¿Cómo se explica el populismo? Mejor: ¿por qué apareció el populismo? La explicación viene de la conjunción de una sintomatología de causas económicas, sociales, políticas, psicosociales, etc., que no exculpan a las democracias pero no justifican en modo alguno esta otra democracia regresiva. Porque es bien sabido que los males de la democracia se curan con más democracia, como el empacho se cura con más comida y la borrachera con más alcohol. La explicación de siempre de la bendita academia. Que no otra cosa quería Rousseau, obligarnos a ser libres. La nueva libertad democrática, que promete la cura de todo menos de la democracia.

Tal vez lo más interesante del libro esté en la intención de ubicar al populismo en el contexto de la llamada «posverdad» que adviene en un espacio público mediatizado y controlado por los medios digitales. De lo que resulta que el populismo se instala como producto de la democracia mediática y digital. Es así como, según los autores, se produce lo que cada día percibimos: «la ficcionalización de los hechos corre pareja a una factificación de las ficciones» [*sic*]. Lo admirable de este análisis es que olvidan los autores que esa democracia que pregonan vive de hechos ficticios (las promesas cumplidas que nunca son tales, como el manido progreso y/o la transparencia republicana) y de ficciones fácticas (como la soberanía del pueblo, la libertad del electorado o la división de poderes).

Sigue el texto trazando la historia del populismo en Estados Unidos, Francia y España, caso éste con el que desnudan su real preocupación: qué es «Podemos» y si «Podemos» puede dejar de poder, dejar de ser bestia. Siguen algunos otros países europeos y... ¡qué sorpresa advertir que Hispanoamérica no existe para es-



tos señores, cuando otros han dicho de nosotros somos el paraíso del populismo! Si el libro venía haciendo agua, en este momento se hunde y sabemos por qué: los politólogos son poco aficionados a la historia porque las complejidades fácticas se escurren de los esquemas politológicos. Yo por lo menos prefiero esta excusa antes que imputarles supina ignorancia.

Concluyendo, descubrimos que al final todo lo dicho hay que echarlo por la borda, porque el intento de apresar teóricamente una substancia tan meliflua como esquivia ha sido en vano. Para saber del populismo, dicen los autores, lo mejor es ver qué hace en el poder. Y ahí comienza un nuevo examen, breve ciertamente, de una cantidad de gobiernos y partidos que se etiquetan de populistas y que, en la práctica, salvo algún rasgo indeleble (lo de identitario ya denunciado), resulta ser «antipopulista». Y de este modo, acaba el sesudo examen. Sin más reflexión. Sin golpes en el pecho y ningún *mea culpa*.

Empero, propongo una inquietud: si el populismo en el poder es antipopulista, ¿qué diferencia la política democrática liberal de la populista? ¿Cuál es el riesgo para los liberales bonachones que los mande un cortejo de populistas? ¿De qué vale tanto ingenio científico si finalmente se borran las distancias y todo se aproxima? Una vez que la democracia regresiva es lo más parecido que hay a la democracia progresiva, ¿para qué preocuparnos por pegarle rótulos a una y otra? Evidentemente, la politología no puede dar respuesta al dilema que ella misma descubre, que todos los gatos son pardos. Aunque presumo que la solución de la paradójal disyuntiva pasa más por las opciones de cada uno, por el arte de la supervivencia personal en las democracias. Y no está mal que así sea, cuando el espíritu del hombre es como el de un pardo felino.

4. Sintomatología del populismo nacionalista

*Nacionalpopulismo*³ tiene desde el mismo título la intención evidente de asociar con presteza los populismos nacionales con el

3. Roger EATWELL y Matthew GOODWIN, *National populism. The revolt against liberal democracy*, 2017, ed. en español: *Nacionalpopulismo. Por qué*

nacionalsocialismo de triste memoria. ¿Es así? ¿Es sólo un juego de palabras? ¿O se trata de explicar la esencia de un populismo nacionalista? Roger Eatwell, uno de sus autores, es un politólogo inglés especialista en fascismo; y Matthew Goodwin, el otro autor, también inglés y sociólogo político, se ha concentrado en los estudios de la derecha radical. Buen tándem para dar contenido al rótulo con el que presentan su producto.

La promesa es enorme: estamos en tiempos de populismo masivo. Donald Trump gana las elecciones norteamericanas, los ingleses optan por el *brexít*, Jair Bolsonaro accede a la presidencia en Brasil, Europa está convulsionada y regímenes etiquetados de populistas van coloreando los gobiernos de numerosos países. Todo pareciera confirmar una «reacción violenta de la clase trabajadora blanca». ¿Qué la explica?

Rompiendo los moldes de análisis precedentes, los autores comienzan dando cuatro claves que se convertirán en tantos otros factores de estudio detallado. La primera, está en la naturaleza misma de las democracias liberales, necesariamente elitistas, que no pueden más que generar una profunda «desconfianza» hacia los políticos y las instituciones, alimentado la sensación de numerosos ciudadanos de que ya no tienen voz en el debate nacional. Es el problema de los «sin voz», los idiotas y abandonados, los desplazados que analizara Chantal Delsol en su *Populisme. Les demeurés de l'histoire*, que se yerguen contra la corporación de los políticos profesionales.

La segunda clave es que, a la desconfianza antecedente, se superpone el temor a la pérdida o destrucción de las sociedades y la identidad histórica de los grupos nacionales y los modos de vida establecidos, a consecuencia de la inmigración masiva y el consiguiente «hipercambio étnico». La tercera proviene de la globalización económica neoliberal, que es causa de lo que los psicólogos llaman «privación relativa», debido a un incremento de las desigualdades en los ingresos y la riqueza, que, a su vez, genera la pérdida de esperanza en un futuro mejor. Finalmente, sumados unos a otros estos factores, la cuarta clave llama la aten-

está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia, Barcelona, Ed. 62-Ed. Península, 2018 (e-book).



ción al debilitamiento de los lazos entre los partidos mayoritarios tradicionales y el pueblo, que los autores consignan con el nombre de «desalineamiento».

Desde ya que un estudio así pergeñado escapa a los vulgares enfoques que cunden en el caso. Se anticipa como un análisis anclado en causas actuales que no son de índole ideológica, tampoco mero arte maquiavélico. Sobre todo porque, confiados en la potencia del discurso y las fuerzas liberales, se anticipan a plantear el escenario de un «populismo» en el que los electores serán capaces de votar o no por los populistas según les vaya en la ruleta de la vida: sus trabajos, sus ingresos, sus relaciones. Pero justo en este planteo reaparece el guiño moderno democrático: apostar por unos individuos racionales que deciden sus vidas y sus gobiernos con la libertad que les es propia, en un medio político constituido por partidos que tienen una estructura en parte tradicional y en parte populista.

En el capítulo 1, Eatwell y Goodwin encaran los mitos del populismo, comenzando por la intolerancia del hombre blanco desplazado y enfadado. Esto da lugar a describir el perfil de los populistas desde 1980 para acá y advertir que lejos de ser homogénea, la masa populista es diversa. Bien, eso se decía ya de los populismo clásicos, pero el problema de estos autores es que únicamente se apoyan en datos de Norteamérica, Reino Unido y Francia, cuando se requeriría algo más de información. El análisis se extiende a la brecha educativa, pasa por la desconfianza para con el funcionamiento del sistema y la sensación de privación, la percepción de la decadencia general, etc., que justifican la protesta y se abre a la pregunta por la propuesta populista.

Por eso el capítulo 2 se concentra en las promesas populistas. La primera definición es, a no dudar, que el populismo es un fascismo, contrario a lo ha dicho por el amigo Federico Finchelstein desde el marxismo yanqui, en el maniqueo texto *Del fascismo al populismo en la historia*, y se repite por doquier. Pero Eatwell y Goodwin no están tan convencidos de ello: se asemeja en las formas, en el estilo, no en el contenido. Dicho en otros términos, el populismo para ellos no es un fascismo, es un hijo de la democracia liberal y se presenta como respuesta a sus contradicciones. Incluso tampoco le cabe el saco de la derecha radical;

no son racistas sino nativistas. El análisis comparativo de uno y de otro no permite concluir en la identidad. «El nacionalpopulismo –afirman– es una ideología que da prioridad a la cultura y los intereses de la nación y que promete dar voz a quienes sientan que las élites, a menudo corruptas y distantes, los han dejado de lado e incluso despreciado».

En el corazón de los sentimientos populistas está arraiga la desconfianza, estudiada en el capítulo 3, que es falta de fe para con las democracias tal como son. No viene al caso trazar la historia de la democracia, pero sí importa percibir que la desconfianza se funda, para ellos, en la deriva elitista de la democracia y de una elite que se entiende hodiernamente más internacional que nacional, una elite que condensa poderes económicos y políticos. Análisis de encuestas confirman la percepción del ciudadano común. Hasta aquí, entonces, el populismo estaría justificado.

Conviene avanzar y ver qué de verdad hay en la sensación de la gente que apoya a los populistas respecto del temor popular acerca de la posible destrucción de su grupo nacional, sus valores y sus modos de vida. El asunto se ventila en el capítulo 4, sobre todo en torno al anunciado y perceptible «hipercambio étnico» y la amenaza de una «Eurabia» que despierta el rechazo a los inmigrantes, especialmente musulmanes. Los datos y encuestas acompañan el temor, y el nacionalismo de los populistas es razonable al tomar esa bandera. Sobre todo si se analiza lo que acontece con la economía y el problema de la «privación», que se examina en el capítulo 5, esto es, la caída del capitalismo del bienestar que trajo la reacción neoliberal y despertó el rechazo popular. Las promesas incumplidas son caldo de cultivo para el populismo que aprovecha las grietas de las formaciones partidarias tradicionales, el ya mentado «desalineamiento», que se estudia en el capítulo 6, y que no es más que un cambio en el eje que divide a la política. En efecto, parece que los electores hoy se preocupan por otras cosas como, por ejemplo, por unos valores «posmateriales» distintos de los de las generaciones pasadas, y que indicaría que asistimos a algo más profundo: un conflicto centrado en los valores que constituyen una sociedad, y que se traslada a las elecciones y hace crecer la inestabilidad. De ahí las reacciones de que los populistas aprovechan.

Ya en las conclusiones, Eatwell y Goodwin cumplen la promesa de abrir las ventanas al futuro y aventurar un escenario «populista». Por lo pronto, las causas que generaron el populismo son reales y las ideas de los populistas no son despreciables, unas y otras lo dotan de una identidad que trasciende los límites estatales, haciéndolo semejante en todas las naciones. En consecuencia, el populismo no va a desaparecer pronto y difícilmente se atenúe. ¿Cómo se presenta el panorama del mañana? Hay algunos ejes de análisis.

Para comenzar, la «desigualdad política» que, aventuran, será cada vez más aparente y no menos, especialmente, insinúan, porque se apoya en una desigualdad notable de ingresos. Luego, un segundo eje viene dado por el «hipercambio étnico» que tensa la relación entre identidad nacional y asimilación del inmigrante. Finalmente, otro eje es el de la «privación relativa» que al parecer se mantendrá irremediabilmente. Conste que el juicio de los autores es antes de la pandemia del Covid-19, que agudiza aún más la expectativa de una pobreza generalizada.

No obstante todo ello, que augura al populismo más décadas de existencia, existe al interior de los sistemas políticos instrumentos capaces de relativizar su incidencia, de hacerlo un poco más «ligero». ¿Cómo es esto? Pues, ante el hecho de que los socialdemócratas no han sabido responder al populismo, las alternativas partidistas se han ido corriendo hacia la derecha: «la corriente dominante en Europa ha absorbido el programa nacionalpopulista, se ha alejado de aspectos liberales y se ha aproximado a una posición social más “autoritaria”, como la adopción de una postura más dura sobre el orden público y medidas drásticas en materia de inmigración. Haciendo frente a los nacionalpopulistas, que en algunos casos se habían vuelto más radicales, la corriente dominante no solo habló más de cuestiones como la inmigración, sino que avanzó hacia la derecha».

La tesis de Eatwell y Goodwin podría resumirse así: en tanto y en cuanto los regímenes políticos giran hacia gobiernos derechistas, que toman banderas populistas, éstos no solamente pierden caudal de votos sino que también se verán forzados en el futuro a volverse más livianos y abandonar pretensiones radicales. Puede que así ocurra, pero no es tan simple el pronóstico. En

primer lugar porque el populismo no es un partido político. Ellos mismos han demostrado que es más bien un estado de ánimo que se encausa por fuerzas políticas, pero no sólo por éstas. En segundo lugar, porque la derechización política sería en parte una incorporación de los valores populistas por partidos que no dicen serlo, pero que en realidad lo están siendo. Y, en tercer lugar, por último, porque en la medida que las democracias liberales no se enmienden y reparen las cuatro deficiencias que los autores han subrayado con mucho tino, el peligro de la bestia estará siempre presente.

Estas observaciones críticas, que apuntan a la prognosis política, en nada desmerecen el análisis en que se funda. Porque el análisis, objetivo, detallado, honesto y fundado, es lo que mejor se obtiene de la lectura de este libro. El populismo no es un enemigo de la democracia, es su contrapeso, es el hijo que recrimina al padre no haberle dado lo que prometía y debía, y que quiere ahora obtenerlo por sus medios propios.

5. El desparramo populista

España ha sido dominada, desde su regreso al constitucionalismo demoliberal, por partidos políticos que, alternativamente, ocupaban el poder, oscilando entre la socialdemocracia (más o menos socializante según los casos) y el neoliberalismo (más o menos liberal, también). Este turnismo, como se conoce desde Cánovas del Castillo, se ha visto enjuiciado y quebrado por la avanzada populista bajo diversos slogans, fuerzas políticas y confluencias electorales, unas veces socialistas, otras liberales. La inquietud de los partidos del turnismo, entonces, tiene razón de ser: no únicamente las ideas predominantes empiezan a discutirse, también el botín tiene que repartirse.

Un puñado importante de académicos⁴, reunidos en torno a la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES),

4. Ángel RIVERO, Javier ZARZALEJOS y Jorge DEL PALACIO (coords.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*, Madrid, Tecnos-FAES Fundación, 2017, edición electrónica 2018.

ligada umbilicalmente al Partido Popular, usando de mascarón de proa al intelectual mexicano Enrique Krauze, y bajo la coordinación de Ángel Rivero (Universidad Autónoma de Madrid), Javier Zarzalejos (Universidad de Deusto) y Jorge del Palacio (Universidad Rey Juan Carlos), decidió emprender la impropia faena de estudiar el populismo en todos los países al alcance desde la teoría y la historia políticas.

Un equipo laureado, a no dudarlo, que comulga en una perspectiva demoliberal y una misma valoración del populismo se hizo cargo. Es decir, un *think tank* ideológicamente sólido y académicamente bien establecido en casi todos los casos. Enrique Krauze, quien en el prefacio nos propone una «Arqueología del populismo» da color a la obra conjunta y delata las raíces del miedo: es la historia hispanoamericana la que descubre nuestra afición por «el culto popular a la personalidad carismática y un concepto corporativo y casi místico del Estado como una entidad que encarna la soberanía popular por encima de las conciencias individuales» [sic].

Por supuesto que no se trata de historia, sino de mitología, a la que el erudito liberal que es Krauze nos tiene acostumbrados, esto es, un pasar por sobre los hechos para imaginar una causa que activa a diario el atavismo de la raza, y que descubre en la tradición «neotomista» [sic] que apoya el imaginario pacto traslaticio del poder del pueblo al gobernante. Es cierto que no hace más que repetir la tesis del historiador Richard Morse (y ésta, la leyenda negra), pero es sintomático que lo haga, porque entonces la razón del populismo nos viene de la tradición católica, a la que la política demoliberal está derrotando. Si el populismo lograra vencer, anuncia el barbudo intelectual, no se trataría de un anacronismo; más bien sería un suicidio. Como pórtico, toda una declaración dantesca de principios y consecuencias. Abandonemos, con el poeta, toda esperanza si avanzamos más allá de la arcada. Carezco de la pluma y la sapiencia de Francisco Elías de Tejada, ¡pero cómo hubiese disfrutado de una refutación suya al sofista Krauze!

Si de sofistas tratamos, los coordinadores en la Introducción nos alertan que el problema con el populismo no son los políticos que lo vocean sino los partidos que lo encarnan [sic], como si los partidos fueran sustancias distintas de los seres humanos y que, a la democracia realmente existente, oponen otra alternativa

que dicen más auténtica. Pero todavía no sabemos qué sea este fenómeno, salvo alguna referencia a la demagogia; o, ya con el dedo apuntando a «Podemos», una izquierda marginal y radical devenida en farsa democrática.

Avanzando, en el capítulo 1, Rivero ensaya la demostración del populismo como destructor de la democracia. Es sensato decir, como él hace, que el populismo vive de los malestares democráticos y por eso es consubstancial a estos regímenes. Incluso podemos hasta confundirnos y encontrar cuerdo el siguiente comentario: «El populista se adjudica el papel de portavoz de la justicia y de la verdad que atribuye al pueblo frente a la mentira de las élites.» ¿No es lo que acaban de decir Eatwell y Goodwin? Parecido. Pero... Donde los ingleses ponen protesta y desconfianza, el español anota justicia y verdad; donde aquéllos decían fracaso o limitaciones, éste escribe mentira. No. No es lo mismo. Allá era una reflexión ante los hechos. Acá hay un velado juicio moral: los populistas dicen encarnar la verdad y la justicia contra nosotros, los democráticos, que dicen somos mentirosos, cuando en realidad es a la inversa: ellos mienten y nosotros somos veraces.

Todo lo que sigue no es sino la retórica archisabida del discurso populista que está analizada hace ya setenta años (y que anotamos en Vallespín y Bascuñán): defensa del pueblo, crítica de la democracia representativa, reorientación de la política más allá de la derecha y la izquierda, liderazgo carismático, maniqueísmo político. Bien, ¿para qué? Para destruir la democracia por medio de la democracia, dice Rivero. ¿Para qué?, repregunto. Silencio. ¿Qué buscan poner en su lugar?, insisto. Silencio. ¿Cuál es si fin?, aclaro por si no entendió. *Silenzio stampa*.

El mismo filósofo y doctor Rivero nos entrega el capítulo que sigue, ahora trayendo el enemigo al ruedo ibérico: los indignados del 15-M, el desorden que cunde, la amenaza de la antipolítica, el dilema economía y/o política; finalmente, la concluyente afirmación: la economía no abole la política y la democracia se cura con más política. ¿Qué clase de política, me pregunto? Seguramente será la política democrática, no la populista. Luego, la democracia se cura con democracia. Así todo sigue estando bien.

Carlos de la Torre (Universidad de Kentucky), renglón seguido, busca explicar qué es eso de la democracia inclusiva que



pregonan los populistas y dice haber aprendido que no es más que una política autoritaria que, unificando a un pueblo que han hecho a su medida, excluye al resto. No voy a decir que así no sea, simplemente tengo una reflexión. Eso que se dice del pueblo populista podemos decirlo del pueblo democrático: un invento de la mecánica política (el electorado), manipulado vía exclusiones (al electorado se le borran todas las singularidades personales) y asignándole una unidad ficticia (el pueblo elector en el que se funde todo pluralismo democráticamente soportable). Si esto no es autoritario, ¿qué será?

Concluye así la pobre teoría política que quiere explicar el populismo y no puede, y comienza algo mejor (hablando ahora con sin ironía): el estudio de los populismos históricos. En una visión global, los diferentes capítulos están bien informados y gozan de la misma perspectiva crítica que el introito teórico. Mira Milosevich (Instituto de Empresa, IE Univesity) estudia el populismo ruso del siglo XIX; Javier Redondo Rodelas (Universidad Carlos III) abarca el populismo norteamericano desde Andrew Jackson, presidente entre 1829 y 1837, al que califica del primer populista, hasta el «telepopulismo» de los *outsiders* como Donald Trump. Un caso histórico verdaderamente relevante es el de «Brasil y el *Estado novo* de Getulio Vargas», que redactó Juan Carlos Jiménez Redondo (Universidad San Pablo CEU), con soltura y fundamentamente.

Siguiendo esta línea, Ángel Rivero reaparece para escribir sobre el peronismo en el séptimo capítulo. No voy a defender aquí mi tesis de que el peronismo histórico es eso y sólo eso, no un populismo. Pero permítaseme decir que Rivero no consigue probar lo que pretende porque desconoce el tema (lo sabe de oídas, por algunos historiadores de dudosa objetividad como Finchelstein o Romero, entre otros), porque recurre a sociólogos actuales (como el bendito Laclau) que acomodaron sus ideas a las mieles del kirchnerismo, y, fundamentalmente por su franciscana ignorancia de las fuentes peronistas, que no pueden reducirse a un cursillo de Evita. Lamentable.

Y así, por arte de imprenta, seguimos avanzando a la parte tercera dedicada a los nuevos populismo latinoamericanos. No quiero pecar de puntilloso, pero sabiendo la diferencia concep-

tual entre Latinoamérica e Hispanoamérica, el cambio de sujeto autoriza a advertir que no se nos venga a imputar a los españoles haber introducido el virus populista vía neotomismo y pactismo; en todo caso, apunten para otro lado.

Mariana González Trejo (doctorando de la Universidad Autónoma de Madrid), en el capítulo 8 estudia el nuevo populismo en Venezuela, para mostrar las diferencias entre la experiencia de Hugo Chávez y la de Nicolás Maduro, que ha derivado en un mero continuismo clientelista. Enrique Peruzzotti (Universidad Torcuato Di Tella y CONICET, Argentina), muerde el hueso del kirchnerismo, un proyecto de poder antes que uno de gobierno, pero muerde a medias. Es cierto que se ajusta a un espacio limitado, pero no dejan de asombrar las indefiniciones y cierto optimismo que va más allá de lo teórico, como cuando escribe: «La nueva democracia argentina, si bien frágil en muchas dimensiones, ha mostrado que posee anticuerpos que pueden combatir con éxito las pulsiones autoritarias que aún persisten en algunos sectores políticos». Bravo por el ánimo, pero no se hace teoría con el corazón.

Carlos de la Torre sigue la pesquisa en el capítulo 10 con el Ecuador de «Rafael Correa: entre las promesas de democratización y el autoritarismo», sólido estudio de un especialista. Fernando Mayorga (Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba, Bolivia) analiza el liderazgo de Evo Morales, calzado entre el nacionalismo y el indigenismo bolivianos. Sólido también. Juan Carlos Jiménez Redondo se concentra en el Brasil del presidente Lula da Silva, con un buen análisis pero elusivas conclusiones. Juan Ignacio Hernández Mora (ex docente en la mexicana Universidad de Quintana Roo, entre otras), redacta el capítulo 13 sobre el populismo en México, siendo de lamentar el escaso espacio concedido para abordar un caso ejemplar en la historia de la bestia. Y cabe lo mismo para el siguiente capítulo, de la pluma de Martín Santiváñez Vivanco (Universidad San Ignacio de Loyola), sobre el populismo en el Perú, preciso, conciso e interesante. En todos estos casos, dado un pasado populista en décadas anteriores, se me ocurre era indispensable agregar más páginas para que se vea el cuadro completo y no una estampilla.

Ángel Rivero encara en el capítulo 15 la transformación del populismo francés del Frente de Jean-Marie Le Pen y luego



seguido por Marine Le Pen. De sus contribuciones, es la más elaborada, si bien el ojo crítico está cubierto por esa nube liberal que se va haciendo tormenta. El caso de la presidencia Berlusconi en Italia es tratado por Jorge del Palacio Martín y, sin ser quien escribe esta reseña un especialista, estimo que el capítulo es de los mejores del libro, sin exabruptos, con sesudos análisis y agudeza para percibir el confuso significado del berlusconismo. José Ruiz Vicioso (especialista en política británica) tiene a su cargo el estudio del populismo en Reino Unido y su carácter antieuropeo, representado por el *United Kingdom Independence Party-UKIP*, en buena medida responsable del *brexít*, y que sin embargo con dificultad sobrevive electoralmente.

Los dos capítulos posteriores, el 18 escrito por Manuel Álvarez Tardío (Universidad Rey Juan Carlos) y el 19 a cargo de Javier Zarzalejos, estudian el populismo en España. El primero, descriptivo histórico, relata la novedad del populismo encarnado en Jesús Gil y Gil (entiendo que es exagerado, pero concedo la palabra a los amigos peninsulares) para estallar en Podemos luego del 15-M. El segundo, enlaza populismo y nacionalismo (alianza ya vista) por medio de un ejercicio de aplicación de la teoría de Ernesto Laclau a los nacionalismos españoles, de ahí su limitación.

El capítulo 20, llamado «Populismo e ilustración: el caso de Holanda», de Guillermo Graíño Ferrer (Universidad Francisco de Vitoria), nos trae el caso de Pim Fortuyn y el triunfo electoral del PVV (Partido de la Libertad) de la mano de Geert Wilders. De inmediato, Igor Sosa Mayor (Universidad de Valladolid) estudia al Partido Liberal de Austria (FPÖ), cuya figura emblemática fue Jörg Haider. La peculiaridad del populismo en las democracias sociales de los países escandinavos es examinada en el capítulo 22 por Gustavo Pallarés Rodríguez (funcionario de la OSCE, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa), que la descubre en la alta cohesión social de sociedades solidarias concentradas en la protección y el aumento de su bienestar. El capítulo 23 estudia a Polonia como caso del populismo en una democracia nueva, escrito por Fernando Casal Bértoa (Universidad de Nottingham del Reino Unido) y Simona Guerra (Universidad de Leicester, Reino Unido).

Sigue una nueva contribución de Mira Milosevich sobre el populismo ruso contemporáneo que trunca el avance de la democracia. Roberto Inclán (Instituto Atlántico de Gobierno) estudia en el capítulo 25 la nueva coalición populista de la derecha alemana llamada «Alternativa para Alemania» (AfD). Según Francisco Tortolero Cervantes (Universidad Nacional Autónoma de México) en Suiza existe un «populismo de cabras, postales y referendos» sustentado, además en la desconfianza para con las elites y el temor al extranjero. Del mismo autor, ya en el capítulo 27, es el examen del populismo en Bélgica, que deriva del nacionalismo y que sufre limitaciones tanto políticas como culturales. Es uno de los estudios más logrados. En Grecia, el populismo ha venido de la mano de la «Coalición de la Izquierda Radical», (Syriza), según el trabajo de Jorge del Palacio Martín. Finalmente, nuestro conocido filósofo Rivero, examina la democracia en Hungría y los riesgos que la aquejan por obra del nacionalismo radical y euroescéptico de Jobbik (Movimiento para una Hungría mejor), montado sobre las ideas antiliberales de Viktor Orbán.

Los coordinadores firman la conclusión bajo el lema: «¿Cómo se ha de tratar el populismo en democracia?», de la que solamente quiero rescatar dos confesiones que me eximen de mayores aclaraciones. La primera: reconocen no haber respetado la advertencia intelectual de Kenneth Minogue de no aplicar extensivamente un concepto. La segunda: admiten que «no hay un criterio pacífico que permita el uso universalmente aceptado del denostado adjetivo». En criollo: se engordó el ganado sin necesidad científica y se da cuenta que no se sabe bien qué es eso que se ha engordado, aunque conviene conservar el insulto.

Me disculparán los lectores si he sido excesivo, pero el libro lo es. En breve balance, debemos subrayar la pobreza teórica aunada a un ideologismo evidente que, sin embargo, no ha impedido la muy buena tercera parte sobre los neopopulismos. No obstante ello, como el populismo es una suerte de camaleón que se esconde cuando ve venir a los rotuladores de oficio, ¿cómo saber si todos estos regímenes aquí acumulados son en verdad populistas o no son más que el resultado de una fórmula académica? Antiguamente podía resolverse por el principio de la autoridad. Algo que falta a las principales cabezas de este libro.



6. La vigencia del populismo, a pesar de todo

Toca ahora el examen de un producto argentino que, con buena suerte y viento de cola, nos diga qué es eso del populismo⁵. El estudio preliminar, redactado por las compiladoras, Ximena Carreras Doallo y Graciela Mateo, ambas de la Universidad Nacional de Quilmes, Investigadoras del Centro de Estudios de la Argentina Rural – CEAR, lleva por título «Populismo, la vigencia de un concepto». Si bien aceptan los grandes obstáculos teóricos para definir el sujeto, no se plantean superarlos, admiten que el populismo es un *nome de guerre*, y pasan como si nada a contar-nos sus peripecias desde el siglo XIX a los días que corren. Incómoda manera de zafar del brete, como la de aquel gobernador de Mendoza, «el Pilo», a quien le preguntaban la hora y respondía contando la historia del reloj.

El modo de razonar de las investigadoras es en verdad inquietante. Pongo un caso. No les conforma lo dicho por Ernesto Laclau en *La razón populista*; reconocen sus audaces méritos pero advierten que la abstracción teórica pierde precisión histórica. Digo yo, no por vicio sino por crítico, que errada es la abstracción que no puede dar cuenta del individuo del que ha tomado las impresiones. El problema de Laclau es otro: su populismo es una elaboración mental al margen de lo real para justificar algunas patrañas de los kirchneristas que le pagaban el champagne y la pizza que consumía.

Mal vamos si mal comenzamos. Y no sólo por haber salido a campaar el populismo sin brújula, sino porque (a diferencia de los trabajos precedentes) se pretende rodear el tema con una estrategia constructivista, que se vale del lenguaje (discurso) como sustituto de la realidad y que, de vuelta al tema, hace del populismo una manifestación discursiva de la teoría que cada uno pueda formular, esto es, un sistema legitimado en sí mismo por la sola posibilidad de construcción.

Sebastián Linares (CONICET, Argentina), iniciando los artículos, nos propone estudiar «Rousseau, populismo y demo-

5. Ximena CARRERAS DOALLO y Graciela MATEO (comp.), *Entre viejos y nuevos populismos*. Buenos Aires, Fundación CICCUS, 2019, libro digital.

cracia». ¿Fue Rousseau un populista que alienó las libertades personales a la voluntad general? ¿O no lo fue? ¿Acaso debamos creer lo que Linares dice de Rousseau, esto es, que no atacó la autonomía del juicio de las personas, que garantizó la protección de la libertad de expresión crítica y que era partidario de la disidencia? ¿Es Rousseau o Linares quien así piensa? Confieso que en nada se parece a Rousseau y su nueva libertad, y que es más bien lo que Linares dice que Rousseau pensaba, de lo cual no puede ofrecer muchas probanzas, porque el *Contrato social* es apenas citado en un mínimo lugar de su texto.

Se trata de una maniobra, en verdad, otra estrategia, en la que Rousseau es usado como señuelo (por lo tanto, manipulable por el manipulador), para presentar una versión ingeniosa del populismo que es la que Linares suscribe: una noción «corporativista» [*sic*] de la formación de la voluntad política que se vale de una estrategia de comunicación (discursiva) que deliberadamente procura, desde el poder estatal, la polarización de la sociedad. Esto es: Laclau como método pero no como resultado, porque para el colega del CONICET el populismo es enemigo de la democracia y un peligro para las libertades públicas. Se ve lo que anticipé: Rousseau ha sido no más que la carnada con la que atrapar a Laclau.

Lejos de divagar, Vanderlei Vazeles Ribeiro, doctorando en la Universidad Federal Fluminense, Brasil, propone algo más concreto y acotado, el estudio de las políticas agrarias en América Latina de los gobiernos populistas, distinguiendo tres posibilidades: nada de reforma agraria pero sí reconocimiento de los derechos sociales del trabajador rural (Brasil, Argentina); reforma agraria (México, Bolivia, Perú); y el neopopulismo que da respuestas disímiles (Fujimori, Morales). El aporte es interesante pero limitado temáticamente. Tengo la impresión que la reforma agraria de los regímenes populistas es más una promesa que una realidad, lo que hubiera servido al autor para hallar una interesante pista de algunos populismos, su poco espíritu revolucionario siempre tironeado por un corazón conservador que les impide romper las estructuras que los ampara también a ellos.

«Populismo en retrospectiva mexicana: del hito presidencial del general Lázaro Cárdenas al discurso neopopulista del mo-



mento», es el nombre de la colaboración de Jesús Méndez-Reyes (Universidad Autónoma de Baja California, México, y de la UNAM). Se trata de un balance de los comienzos del populismo mexicano, dividido en dos instancias: la primera es la presidencia de Lázaro Cárdenas del Río (1934 y 1940), la segunda son las presidencias de Luis Echeverría Álvarez (1976-1982) y José López Portillo (1982-1988).

Cárdenas se había proclamado renovador de las promesas de la revolución mexicana y anunciado la necesidad de una economía controlada por la intervención del Estado, fines que trató de llenar por medios típicamente populistas, a saber: el liderazgo carismático, un discurso público que ensalza al pueblo diciéndole lo que le halaga oír, y una dotación presupuestaria suficiente para subvencionar su política. Este último aspecto es el que se ha continuado en Echeverría y López Portillo, es decir, la asistencia estatal, por diversos mecanismos a los sectores populares de menor productividad, que finalmente se expresa en beneficiar a grupos sociales que devuelven los favores otorgando su apoyo al gobierno. El viejo asunto del clientelismo político que, bien mirado, no es sólo populista, más bien un reconocido método de la política de todo color y tenor.

Raanan Rein, de la Universidad de Tel Aviv, conocido historiador del peronismo, nos sugiere repensar el populismo latinoamericano tomando el caso de la Argentina, que bien conoce. Su tesis es muy simple y próxima a lo que tengo dicho algunas veces (aunque Rein no abogue, como yo, por desusar el término): fenoménicamente, el populismo es altamente complejo, pero visto desde la democracia no necesariamente es su rival porque contribuye, simultáneamente, a democratizar las sociedades y a carcomer las instituciones democráticas. Ejemplo paradigmático es el peronismo histórico, opuesto por igual al liberalismo oligárquico y al socialismo revolucionario, una solución pacífica a los problemas nacionales de Argentina, tomando una senda reformista que hace del Estado el vértice de las nuevas políticas.

Para Rein, en la actualidad, todas las discusiones en torno a la democracia y el populismo insisten en la confrontación cuando, a su entender, el populismo sigue siendo una propuesta que podría colaborar al fortalecimiento de esas democracias, porque,

como muestra su anterior análisis del peronismo, populismo y democracia no son incompatibles. Hay que estar advertidos, sin embargo, que el populismo posee un impulso democratizador junto a otro ímpetu autoritario. Saber manejarlo es lo que se debe aprender.

¿Es Bolivia un populismo plurinacional?, se pregunta María Virginia Quiroga, del CONICET argentino, quien quiere enseñarnos las complejidades que ofrece la articulación del populismo y el pluralismo en una doble orientación: la horizontalidad de las movilizaciones sociales y la verticalidad a partir del Estado. Ambas están presente en la Bolivia de Evo Morales, en un proyecto todavía en marcha y no carente de tensiones.

Rocío Pérez Gañán (CONICET), a continuación, examina lo que llama «populismos de oposición simbólica al orden social», esto es, la nueva democracia popular de izquierda en Ecuador y Bolivia, que recurren a «lo originario como mecanismo de legitimación del poder político»; un nuevo ejemplar legitimador del poder en el contexto del resurgir populista en este siglo. Lo más interesante de su estudio es esa búsqueda e interpretación de lo originario que, como pinza, saca de la arena de la legitimidad al liberalismo capitalista e instala la posibilidad de volver a un pasado ideal (lo ancestral) que daría legitimidad a las nuevas relaciones productivas y reproductivas. Para la autora, más allá de otros indicios, la ancestralidad es clave en el discurso populista de estos países, si bien en ocasiones se dé de patadas con políticas estatales específicas. No todo lo estatal es ancestral.

Ya al final, el educador popular Daniel Carceglia (Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, Argentina), desde la barricada escribe su alegato que siendo tan explícito no amerita nada más que exponerlo: «Argentina y la Patria Grande de cara a los nuevos- viejos dueños del poder: populismo, batalla cultural y educación popular». Lo singular está no sólo en el estilo y en la zurda reconstrucción de la historia argentina sino, fundamentalmente, en el elogio no medido ni velado del populismo, que lo lleva a impulsar una batalla cultural para «la constitución de un horizonte populista que hegemonice el camino al pos neoliberalismo, de nuevas miradas, de nuevas herramientas: se requiere una nueva gramática de la Educación Popular».



La academia argentina tampoco ha podido darnos una mano en la precisión del populismo. Más aún, hemos encontrado el único ejemplar populista en el campo minado por los demoliberales. Pero, siendo singular, no puede dejar de observarse las limitaciones del estudio en su conjunto, en algunos casos por ser mera estrategia y en otros por diluirse en episodios nacionales. Porque las estrategias corresponden a un constructivismo de espaldas a la realidad; y porque los ejemplares históricos de populismo solamente tienen valor cuando se sabe de qué se habla y/o se aportan elementos para entenderlo.

En estos casos, no ha sido así. Hemos pasado de un nombre de guerra a un pretexto, para rematar en experiencias nacionales, estudios de caso. Hubiérase requerido un esfuerzo final para, con los datos de la historia (incluso la reciente), volver sobre el concepto de populismo y esclarecerlo. Pero, claro está, no parece los autores hayan estado dispuestos a ello. Y quien hubiera podido, Sebastián Linares, prefirió distraerse y distraernos con un juego en torno a Rousseau.

7. ¿Dónde se esconde la bestia?

Entre los anglosajones académicos, un grupo reunido alrededor de la Universidad de Essex, ha decidido homenajear el fallecido profesor Anthony King con un libro sobre el peligro del populismo autoritario⁶, es decir, represivo, que es una constante de la derecha política; porque si el populismo es algo negativo (para un demócrata liberal), cuando se le prende el adjetivo autoritario se vuelve peor. Es todo lo que se puede sacar en limpio de la «Introducción», a cargo de Ivor Crewe y David Sanders, ambos de la Universidad de Essex, y editores del texto.

La parte primera de la obra colectiva se refiere a los «Movimientos populistas en las principales democracias liberales». Algunos capítulos tratan del Reino Unido, como el del ya mencionado Ivor Crewe, sobre «El populismo autoritario y el Brexit en el Reino Unido en perspectiva histórica»; el de Joe Greenwood

6. IVOR CREWE y DAVID SANDERS (eds.), *Authoritarian populism and liberal democracy*, Cham, Palgrave MacMillan, 2020.

(analista de datos) y Joe Twyman (director de una empresa de encuestas), titulado «Explorando el populismo autoritario en Gran Bretaña»; o el de David Marsh (Universidad de Canberra), que enlaza «Populismo y Brexit». Algunos versan sobre Norteamérica y el escenario que ofrece la presidencia de Donald Trump, por caso «Populismo más: la votación por Donald Trump y Hillary Clinton en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016», a cargo de Paul Whiteley (Universidad de Essex), Harold D. Clarke (Universidad de Texas en Dallas), y Marianne C. Stewart (Universidad de Texas en Dallas); «Ayudar a Donald Trump: el populismo, el Partido Republicano y la manipulación de los medios de comunicación», de David McKay (Universidad de Essex); y «Excepcionalidad, liberalismos rivales y el porvenir del Partido Demócrata», por Graham K. Wilson (Universidad de Boston). Uno solo extiende la mirada al resto del viejo continente, el de John Bartle (Universidad de Essex), David Sanders, y Joe Twyman, que trata de «La opinión populista autoritaria en Europa».

No sin pena se reseñaría cada contribución, pero nos lo ahorra el hecho de repetir lo que se ha dicho está en la «Introducción», esto es, que va en aumento la tendencia derechista represiva, que en los ingleses se hace explícita con la decisión del *Brexit* y en los yanquis con la elección de Trump. El gran obstáculo para aceptar la tesis es que no bastan las opiniones de los profesores ni los informes de las encuestas, porque sería lo mismo que mensurar el autoritarismo por los dichos no por los hechos. Además, se percibe la sutil estrategia de ligar europeísmo a demoliberalismo, con la consiguiente pareja de opuestos: *Brexit* y autoritarismo populista. O, en el escenario yanqui, republicanismo demócrata versus nacionalismo a lo Trump. En suma, como dicen Bartle, Sanders y Twyman en su capítulo, el populismo es una posición *anti-establishment* lo que ya no exige más prueba: se toman por populista y autoritaria a las opiniones y los movimientos políticos que rompen el seudo paradigma de lo democrático y políticamente correctos.

Entrando en la segunda parte, nos encontramos con la sección más extensa en torno a la respuesta liberal democrática al populismo autoritario. El primer peligro es Rusia, y Geoffrey



Hosking (Colegio Universitario de Londres) le hace cara con su contribución: «¿Cómo pueden las democracias liberales responder eficazmente a Putin sin perjudicar el liberalismo y la democracia?», en la que propone una solución: reforzar la democracia, que es tanto como hacerlo con las libertades públicas, el gobierno constitucional, el *rule of law*, una sociedad civil activa y una genuina opción electoral. La segunda amenaza proviene del mundo árabe, del que se hace cargo Natasha Ezrow (Universidad de Essex) en su trabajo llamado: «¿Cómo puede avanzar la causa democrática liberal en Oriente Medio?», que apuesta a la detención de la amenaza aumentando la secularización, abandonando políticas tribales o clientelistas por un sistema sólido de partidos, y otras recetas occidentales.

No resisto señalar que la receta última busca introducir el populismo entre los árabes. Porque si el populismo se cultiva en las democracias que están secularizadas, que viven de elecciones y partidos, etc., como se observa en Occidente y este libro denuncia, ¿porqué aplicar el remedio a los autoritarios musulmanes, que serán autoritarios pero por ahora no son populistas?

Claro está que las democracias liberales mismas, ya no los sistemas políticos extraños a ella, encierran el peligro del populismo autoritario, por lo que resulta conveniente hundir el escalpelo en su cuerpo. Lo hacen primeramente Jean Blondel (Centro Robert Schuman, Florencia) y Jean-Louis Thiebault (Instituto de Estudios Políticos, Lille) con un estudio sobre los «Sistemas parlamentarios y presidenciales: el papel de los partidos y el peligro del populismo autoritario», del que resulta que si ambos sistemas están en crisis, y que ésta puede mensurarse incluso en los resultados de la economía de libre comercio, sus estructuras partidarias permanecen firmes como para que el autoritarismo populista no pueda sacar ventaja. Un baño de confianza en tanto desasosiego. Luego, en «¿El populismo desacredita la democracia directa?», Ian Budge (Universidad de Essex) propone una combinación de la democracia representativa con la directa mediante una política eleccionaria más abierta a la decisión popular.

«¿Cómo deben responder los partidos establecidos al ascenso de la política de identidad en su base electoral?», es la pregunta que quiere responder el periodista Martin Kettle, y un indicio lo

haya en el viejo Montaigne, quien decía de sí mismo que nada veía en él completo, simple y absoluto, pues era todo mezcla. Si he leído bien la propuesta de Kettle, se trata de decirnos que no hay que preocuparse salvo de las presiones identitarias colectivas porque la identidad individual no es más que un complejo de módulos distintos. ¿Y esto qué resuelve, Mr. Kettle? Michael Moran (Universidad de Manchester) escribe acerca de «El populismo y la ciudadanía social: una comparación anglo-americana», recurriendo a la tesis de un contrato social por el que demanda la reeducación de las élites, aunque sabe que eso no basta. Finalmente, «La máxima obsesión por el líder en la política británica» es analizada por Archie Brown (Universidad de Oxford), tomando la figura del Primer Ministro a partir del caso de Margaret Thatcher para enderezar una crítica al personalismo de los líderes, que no veo cómo cuadra con el populismo, pero sí con el autoritarismo, en todo caso.

En la parte tercera y anteúltima se agregan tres capítulos que analizan la contribución de Anthony King al estudio de la democracia liberal. Peter Riddell (periodista) aclara el problema de la «Reforma constitucional y [el] funcionamiento de la democracia del Reino Unido», tomando de guía *The British Constitution*, libro que en 2007 publicara King, en un ambiente en el que se proponía todo el poder al pueblo para cambiar la venerable constitución histórica. Seguidamente Albert Weale (Colegio Universitario de Londres) estudia otro libro de King, que traducido da título a su capítulo: «¿Los Padres Fundadores vs. el pueblo?», y en el que intenta exponer dos tendencias de la política yanqui: el liberalismo constitucionalista y el radicalismo democrático como estructuras mentales que explican los vaivenes históricos del grande del Norte. Por último, en «Las ideas, las instituciones y los políticos de nuestros gobiernos: Anthony King estudioso de la democracia liberal», que está a cargo de Nicholas Allen (Universidad de Londres), se defiende la posición realista y escéptica de King en torno a la política y el gobierno.

La parte cuarta trae la «Conclusión», escrita por los ya conocidos Ivor Crewe y David Sanders. Breve, de nada más que seis fojas, recurre al viejo texto de Th. Adorno sobre la mentalidad autoritaria que se manifiesta por los siguientes rasgos: sospecha



de las minorías, especialmente las étnicas y religiosas; desconfianza hacia las élites políticas, financieras y culturales, incluidos los políticos más importantes de los partidos establecidos; una disposición a creer en las conspiraciones; y una fe en soluciones simples a los problemas persistentes y complicados, en particular los que conllevan la violación de los derechos individuales y el debido proceso. «El hilo unificador es una baja tolerancia de la diferencia, la disidencia y la complejidad», concluyen. Y, por arte de magia, estas imputaciones se convierten en juicios contra el populismo, especialmente de cara a la inmigración y sus consecuencias.

La impresión final, es la de la notable arbitrariedad de estos liberales. Ya nos explayaremos en las conclusiones sobre este método de acusar de populista al que no piensa ni obra como ellos; porque, concentrándonos en el largo texto que se ha comentado, no puedo menos que recalcar los graves defectos que lo recorren. La introducción anuncia la presencia de una bestia que al recorrer las páginas se queda en un fantasma incorpóreo. La parte primera sintetiza exageradamente, como se dijo, el problema del populismo autoritario en los países anglosajones. La segunda parte hace un relevamiento de los enemigos de la democracia liberal que casi nada tiene que ver con aquella bestia sino, más bien, con el programa liberal secularizador y mecanicista que quiere profundizarse aquí y acullá, impregnado todo esto del ungüento optimista de los que creen en la envidiable solidez de sus estructuras. Y la tercera no tiene nada que hacer aquí, por más noble que haya sido Mr. King y por más recomendables que sean sus estudios.

Pero ya no confío ni en lo que he leído. Quizá ese populismo disciplinario y violento existe y soy incapaz de percibirlo. Ruego entonces al lector que lea el libro de Crowe y Sanders, y me avise si es real la bestia que pone en riesgo las firmes democracias liberales.

8. Profeta del siglo XXI

El autor de este último libro acerca del populismo es Pierre Rosanvallon, conocido intelectual socialista, historiador, profesor

del Colegio de Francia, que algunos señalan continuador de Claude Lefort y lo parece. Lo cierto es que en los últimos años, Rosanvallon ha profundizado sus ideas sobre la democracia buscando caminos para la autogestión más allá de los institutos clásicos del demoliberalismo y encontrado un escollo en las tendencias populistas de la vida política. De ahí esta nueva obra suya⁷.

De la introducción al texto podemos extraer dos grandes ocurrencias. La primera es que lejos de fenecer, el populismo se prolonga con los siglos y el que acaba de iniciarse lo verá más vigoroso. La segunda es que todavía no se ha alcanzado a saber bien qué es este objeto de estudio, pero, sea como fuere, sabedor de las dificultades del término, no renuncia a usarlo y, además, apuesta a teorizarlo en un triple nivel: anatómico, histórico y crítico.

Comenzando por la anatomía del populismo, nos encontramos con que nada nuevo hay bajo el sol, pues ya los viejos estudios de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX habrían dado en la tecla al analizar su composición o morfología. Y Rosanvallon no hace más que repetir lo antes dicho, pero quizá con mayor elegancia que los anteriores y alimentándose de los estudios franceses más que de los foráneos.

Primeramente, está esa concepción unitaria del pueblo, que se inspira en una visión maniquea de la política (ellos y nosotros); en segundo plano, surge una concepción de la democracia que prefiere las expresiones del pueblo que sean directas (así el referéndum), inmediatas (como la aclamación popular) y polarizadas, en el sentido de que la originaria legitimidad popular somete la legitimidad derivada de los funcionarios públicos a las elecciones populares, radicalizando lo que es ya propio de toda democracia.

En tercer lugar se manifiesta por medio de un líder que corporiza al pueblo en su unidad, como su órgano, el hombre-pueblo, que los europeos parecen haber adoptado de los países latinoamericanos y que, con un poquito más de sensatez histórica, permitiría advertir la constante histórica de esta nota, no tan típica

7. Pierre ROSANVALLON, *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, Paris, Ed. du Seuil, 2020 (e-book). En la edición consultada no se dice nada de una versión anterior, aunque he encontrado registros de una publicación en italiano de 2017, por Castelvechi en Roma.



del populismo sino de la misma política (desde Moisés o César, pasando por el príncipe de Maquiavelo, la voluntad general de Rousseau, el presidente yanqui, Napoleón o Robespierre, hasta los liderazgos del siglo XX de un Lenin, un Churchill, un De Gaulle, etc.). La cuarta característica morfológica es, para Rosanvallon, el proteccionismo nacional como filosofía y política de la economía, un instrumento que sirve a los fines populistas porque garantiza su concepción de la justicia y de la igualdad, al tiempo que sirve como medio de asegurar la identidad y la homogeneidad.

La quinta nota es el retorno a una política de las pasiones y de las emociones que se despliegan en cuanto a la posición (el sentimiento de abandono, el ser menospreciado), a la intelección (así las teorías del complot y las *fake news*) y de la acción, que en francés resume con el término *dégagisme*, es decir, la idea de que debe dejarse el campo libre al pueblo y los populistas, resumido en el lema: «Que se vayan todos», esto es, el rechazo de las elites y las oligarquías, de las mediaciones. Este estudio de la emotividad populista permite la construcción de una personalidad acorde, que lleva a instalar la política en un nuevo nivel, que Rosanvallon sintetiza en estos términos: «En una época en la que se han hundido las promesas emancipadoras del progreso, el universo populista, del coraje del presente y la fe en un futuro mejor, arraiga en este nuevo terreno. Al mismo tiempo, la política cobra un carácter religioso, con la capacidad de reescribir el mundo que deriva de esta forma de afirmación de verdades de fe».

Finalmente, nota Rosanvallon que el populismo es polimorfo, que hay una unidad ideal y una variedad real, que lo hace un fenómeno difuso que puede presentarse inclusive en los políticos y movimientos que al parecer son democráticos, pues el desencanto cunde y los gobernantes deben, diríamos, sostenerse, conservar el poder. Para el autor, el populismo se ha infiltrado en el verticalismo de Macron, porque la ideología populista ha probado ser apta tanto a la derecha como a la izquierda.

Al trazar la historia del populismo en el segundo momento de examen, Rosanvallon combina la vieja y conocida secuencia con la experiencia francesa. Empieza por develar la tentación cesarista y antiliberal de Francia, moviéndose de la revolución

a Luis Napoleón, buscando en el cesarismo el antecedente del populismo. De modo tal que, por mor de la succión teórica, el ganado populista es engordado, como si se lo enriqueciera con nutrientes venidos del cesarismo, convalidando así su carácter dictatorial.

En un segundo momento, entre 1890 y 1914, el populismo comienza a crecer a través de la crítica a los partidos políticos y a la corrupción democrática. El escenario se expande, entran al ruedo los Estados Unidos y las demandas progresistas; en Francia aparecen el episodio Boulanger y el cascoteado Maurice Barrés. En ambos países recrudece el proteccionismo nacionalista. Pero el populismo fue finalmente abortado, aunque, como estudia en un momento tercero, se traslada a Latinoamérica: la figura del colombiano Gaitán y el peronismo argentino son los ejemplares, generalmente mal estudiados, afirma Rosavallon, por aplicar análisis marxistas, no obstante conceder que tienen elementos fascistas. Pero nada interesante sale de su renovada inteligencia.

Finalmente, entre la conclusión del pasado siglo y los inicios del XXI, convertido en fenómeno habitual, el autor afirma la posibilidad de trazar una historia conceptual del populismo. Y la emprende valiéndose de lo que denomina «aporías estructurantes de la democracia». La primera de ellas es el pueblo inencontrable, el pueblo perdido, en términos de inclusión expresada en derechos y libertades; la segunda está en los equívocos de la democracia representativa, que ya había subrayado en trabajos anteriores; la tercera es llamada los avatares de la impersonalidad, esto es, la deriva personalista de los liderazgos democráticos que contradicen la generalidad de la ley y la impersonalidad de la voluntad general; la cuarta se asienta en el régimen de la igualdad, tanto en lo político como en la forma de la sociedad, una sociedad de iguales, que el populismo precipita hacia el totalitarismo por la interdicción de la expresión de las divisiones sociales en nombre de su superación, según la fórmula de C. Lefort.

El populismo pertenece, de acuerdo a Rosavallon, a esta familia de democracias fronterizas, caracterizada por eliminar la indeterminación democrática por la resolución de todas las dimensiones en una sola. En política se alcanza por la eliminación de los intermediarios entre el pueblo y el líder, apoyada por la



dicotomía social que ya se ha definido. Y aquí, supuestamente, hemos llegado al meollo del populismo: «el doble mecanismo de simplificación y radicalización» que lleva «a una polarización generalizada del marco y las modalidades de la actividad democrática».

Al comienzo del libro, el autor había anunciado que la crítica al populismo se haría de la mano de una concepción de la democracia como soberanía popular despersonalizada, generalizada y multiplicada o aumentada, no según un modelo sino como un trabajo permanente a realizar, una exploración. Ahora, en este tercer nivel, el crítico, es el momento de dictar sentencia, aunque no será tan fácil. Porque si, en principio, se ha de examinar el populismo en lo teórico y lo práctico, el panorama se enmaraña por la necesidad de medirlo conforme a la democracia, pero no a cualquiera sino a la que Rosanvallon tiene en mente y que ha expuesto en varios libros anteriores (como *La legitimidad democrática*, 2009, o *El buen gobierno*, 2016), y que ha anticipado al final de la sección anterior.

La primera crítica es a la política del referéndum, que será importante en el caso francés o suizo, pero no tan gravitante en otros países (quizá, ahora, para Chile o España). La segunda viene del costado ya anticipado de una democracia polarizada frente al modelo de una democracia multiplicada, que significa tanto como apuntar que el populismo llega a una absolutización de la legitimidad electoral, bajo la ficción de la unanimidad o simplicidad escondida bajo la ficción de la unidad del pueblo. Frente a esto, se sostiene la imparcialidad de la soberanía como poder de nadie (o poder de no importa quién) que comporta, a la vez, un poder abierto a la incorporación de otras voces y otros canales de expresión de la voluntad general. Es evidente que, a diferencia de otros textos antes espigados, Rosanvallon está pensando en una democracia no solamente liberal, a pesar de que la calidad de vida democrática desde este nuevo ángulo sea todavía balbuceante, como él afirma.

La crítica tercera apunta a la concepción populista de un pueblo imaginario, que es una visión mística, enfrentado al pueblo real con todas sus tensiones, que es un pueblo en construcción permanente, no algo homogéneo ni definitivo sino en devenir y

diverso, aunque esa diversidad sea nada más que del uno por ciento. Ya al final, está la acusación al populismo de ser una *démocrature*, neologismo formado al unir democracia y dictadura, que indefectiblemente concluye en la política de lo irreversible y en la politización de absolutamente todo, como acontece en los regímenes populistas que han sancionado la reelección ilimitada de sus líderes.

Vayamos a la conclusión. Lanza ahora Rosanvallon una catarata de ideas sobre cómo elaborar la nueva democracia que tiene en mente: una democracia no limitada, que no es según un modelo fijo, experimental por naturaleza, que define en estos términos: «el horizonte trazado por la exploración permanente y la institucionalización sometida siempre a la reevaluación de los diversos componentes de sus intentos de definición».

Caben en esta democracia experimental la idea de una democracia interactiva, de una representación narrativa, de una democracia de control por los ciudadanos activos. Esta inespecífica forma democrática, polimorfa como el populismo que ha enjuiciado, es una democracia de apropiación, de ejercicio, de confianza. Se trata de escapar a la simplicidad, que por caso preconizara Tocqueville, y adentrarse en una democracia de la complejidad.

Hasta la tercera parte y las conclusiones, Rosanvallon poco y nada ha añadido a la comprensión del populismo, deambulando entre ideas ya expuestas con anterioridad y ejemplos sacados de la experiencia francesa, que tan bien conoce. Lo original es justamente el final del libro. Pero, viene ahora una impresión imborrable. Rosanvallon, ¿ha hecho una crítica al populismo o una crítica a la democracia liberal? Lo único en limpio que se saca de su lectura es que la democracia liberal padece de populismo, algo que ya habíamos anotado. Pero a diferencia de otros expositores, el francés parece creer que esa enfermedad le es intrínseca y no accidental.

De ahí que su propuesta sea, en buena medida, abandonar el liberalismo que limita la democracia, que es tanto como sacarse de encima el lastre del populismo. Y aquí viene otra duda; ¿por qué esa democracia que postula, compleja e interactiva, no modelada, se ha de ver libre del populismo? El reino de lo inesencial, de lo móvil, de lo inespecífico, de lo informal, que puede ser



muy atractivo en esta época de Modernidad líquida, en verdad nada soluciona y nada propone, es una ideal, una nube, que se complace en anticipar un desguace de lo establecido (la democracia liberal en mayor medida) para celebrar la soberanía de todo individuo, la soberanía de lo diverso, lo modular por constructorista, lo completamente reversible. ¿Y por qué no ver aquí la causa del retorno al populismo?

Si en esta democracia a lo Rosanvallon todo es posible, ¿será imposible el populismo?

9. Inconclusas conclusiones

Algunas conclusiones inmediatas son zonzas, no podemos negarlo. Como, por ejemplo, que contra el populismo se escribe en todas las lenguas; o que no haya año en el que se publique algún librito que lo combata. Tratándose de un objeto rara vez considerado intelectual (por ininteligible), el género literario anti-populista se presta a las diatribas pasionales, a los incestos intelectuales y a cuantos modos de vituperio se conocen. Pero esta tercera conclusión ya no es una mera gansada.

La forma recurrente, es decir habitual, consiste en trazar la historia de la bestia, con la peculiaridad que cada autor la comienza donde le place y la concluye en donde puede, cuando ya no hay más ideas en el magín o el cansancio lo abate. Las historias del populismo suelen ser antojadizas, más allá de ciertos hitos innegables y más acá de nombres imborrables. Es que parece difícil, reconocemos a modo de excusa, escribir la historia de algo que no sabemos qué es; mucho más difícil todavía es hacer ciencia política o filosófica de un objeto escurridizo, de contornos indefinidos e indefinibles, y de substancia maleable y polimorfa. Sea, pero, entonces, ¿cómo identificar al actor del relato histórico?, ¿cómo individualizar al sujeto de nuestra ciencia? Todo estudio sobre el populismo, todo estudio sobre él, adolecerá siempre de no haber apresado el concepto.

Todo el mundo habla de la luna sin nunca haber estado allí, de poetas a científicos. Imaginan su núcleo, definen su composición geológica, aventuran sobre su aire, divagan sobre sus vientos y escriben cuartillas a su belleza. Empero poco, más o menos,

sabemos de ella; que es porosa y tiene cráteres, a más de carecer de luz propia. Y así pasa con el populismo; no sabemos qué sea, pero porque lo hemos vivido o padecido, alcanzamos a precisar algunos de sus síntomas y analizar ciertos rasgos. Sin embargo, acaba siempre escapándose a nuestros sentidos, y nada hay en la inteligencia que antes por ellos no haya pasado. Necesariamente nuestra idea del populismo será tan imprecisa como nuestras sensaciones, tan huidiza en la mente como se escabulle de la aprehensión.

Alguien dijo, y con razón, que el populismo no estaba en los diccionarios hasta que la fuerza de los hechos y la saliva gastada en denunciarlo, forzó a las academias a ponerlo entre sus voces. Se sabe, sin embargo, que los diccionarios suelen incorporar el uso de las palabras y no siempre el significado de ellas. Hasta que no se sepa qué es el populismo será arbitrario nombrar a los populistas. Es una dificultad no menor que no salva con referencias discursivas recurrentes.

Si volvemos la vista a lo que se ha dicho del populismo en los textos reseñados, tendremos, las siguientes opiniones: el populismo es el Leviatán que se devoró a la Ilustración (Lassalle); es una democracia regresiva peculiar a esta época de la posverdad (Vallespín y Bascuñán); es un socio de la democracia que se instala en los déficits de ella (Eatwell y Goodwin); es una bomba atómica política que destruye la democracia en nombre de la democracia (Rivero y compañía); es una fuerza democratizadora de tendencias autoritarias (Rein); es la hodierna manifestación del catolicismo atávico hispano (Krauze); es una estrategia discursiva que pretende la polarización social (Linares); es una difusa propensión en la que predomina lo emocional sobre una estructura de comportamientos y tendencias ya conocidas y antidemocráticas, convertida en una polarización de la indeterminación democrática (Rosanvallón).

No hay uno solo entre los opinadores que no admita que la tarea es complicada porque el populismo es complejo y cambiante. Así y todo, en estas opiniones generalmente aparece el populismo en asocio a la democracia, porque la democracia es su caldo de cultivo, quizá su madre soltera. Una peculiaridad de estas reconstrucciones, empero, es la forzada desmemoria que lleva a no decir nada sobre los fracasos constantes de las prome-

sas democráticas (Bobbio *dixit*), la viga en el ojo propio de que hablamos ya, y que relata el curso de la democracia liberal como un cuento rosa o una novela de final feliz. Final que nunca llega y siempre se posterga porque a cada paso se despierta alguna bestia que amenaza devorar la niña de la roja caperuzita.

El grave problema de la desmemoria es que tanto acumular la basura bajo la alfombra, un día los personajes se despiertan y tienen la habitación llena de escombros. Como así no se puede vivir, hay que encontrar un culpable. Y allí está la bestia: la culpa es del populismo, cuando la mugre y la porquería tiene, se sabe, otra procedencia. Es inconcebible que nos mientan, pero mucho más que se mientan ellos mismos.

¿No estará aquí la razón del descontento popular? ¿No será ésta la causa inmediata de las reacciones populistas? ¿Creen de verdad que el político debe cultivar, como afirmaba Maquiavelo, el arte del engaño de modo permanente? La política moderna vive de la traición, de la que ha hecho un arte supremo, pero los políticos y los intelectuales que los apañan se rasgan las vestiduras cuando ellos se creen traicionados. Ahí está el manual de la política moderna que deberían haber leído Bascuñán y Vallespín y otros tantos, me refiero al libro de Denis Jeambar e Yves Roucaute, *Elogio de la traición. Sobre el arte de gobernar por medio de la negación*.

Cabe preguntarnos si todos los que critican la democracia liberal (con sus malas costumbres políticas, sus injusticias económicas, su inmoral tolerancia, sus anquilosadas estructuras partidocráticas, etc.) son populistas. ¿Acaso el buen demócrata del común debe entregarse al juego de las elites, prosternarse ante la corporación partidista, aceptar que le metan la mano en el bolsillo y en el trasero, aplaudir la impudicia y la deshonestidad reinantes? Y si no lo hace, ¿deja por ello de ser el demócrata bueno y se convierte en la bestia populista? Es la impresión que me dejan casi todos estos textos, inclusive el interesante libro de Eatwell y Goodwin, aunque éstos hayan rechazado el mito de lo irracional y bárbaro de quienes desconfían del *status quo* democrático políticamente correcto.

Porque lo que palpita en lo hondo de muchos de los trabajos analizados es esa idea de que lo que se opone al *establishment*

pasa al injurioso catálogo del populismo. Así, por traer a cuento una anécdota de estos días de forzada clausura, he oído acusar de populista al que se niega a abandonar el encierro, al que rechaza salir a la calle y contagiarse el virus, al que prefiere la salud o la vida a la libertad. Pero todo está tan revuelto que el propio Bolsonaro, que dicen es un populista de derechas, al mismísimo presidente del Brasil se le atribuye la frase: «la libertad es más importante que la vida». Pues más allá de la falacia, es evidente que lo políticamente correcto es una ruleta que da vueltas y un día para un número y al día siguiente en otro.

Quiero decir, resumiendo, que el problema del populismo viene del problema de la democracia; que no se devela el peligro sin exhibir al aire, sin caretas, los vicios de toda clase de nuestras democracias. Que es lo mismo que afirmar que la intelectualidad, la academia, necesita un baño de honestidad, tanto como una enorme lupa para examinar el cuerpo democrático con sus pústulas, sus hediondos humores y sus pervertidas prácticas. Todo tumor aparece en un cuerpo que no tiene defensas contra él. Si el tumor es el populismo, con la quimioterapia sólo se gana tiempo, no se mata la enfermedad. El verdadero riesgo no es populismo sino su metástasis que casi con seguridad produce la muerte. Que la democracia muera tampoco es el problema más grave. Sí lo es el que se lleve también el cadáver de la sociedad.

